

LUIS ROSALES

Cuando subíamos a la minúscula redacción de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Luis Rosales parecía ocuparla por entero. No tanto con su presencia física—que ya era considerable—como con su conversación andaluza, como un castillo de fuegos artificiales que nunca terminara.

Su poesía, en cambio, aunque acude de vez en cuando a retazos de conversación:

*¿Sabes?
Me llamo Luis*

que el poema asume, como para hincarse más en la realidad circundante, no busca en estos fragmentos irruptores, interruptores que el recuerdo ha fijado, brillantez alguna. Tienen allí otra función. La cumplen al dedillo...

Los poetas jóvenes tardaron algún tiempo en comprender lo que se propuso Luis Rosales en su poesía y con su poesía. Pero cuando le comprendieron le pagaron a su modo. En la *Antología de la nueva poesía española*, de El Bardo, Manuel Vázquez Montalbán, podía hablar, en 1968, de «ese extraordinario autor de un libro magistral: *La casa encendida*, de Luis Rosales», y en 1969, contestando a una encuesta de *Cuadernos para el diálogo*, Carlos Barral, José Manuel Caballero Bonald, Jaime Gil de Biedma y Félix Grande, elegían *La casa encendida* como uno de los tres libros significativos de nuestra posguerra. Poesía de lenta impregnación, necesitó quizá el paso de los años para advenir a su total sentido, para franquear el que Luis llamaría «desnivel de comunicación»; pero cuando sus lectores la comprendieron ya no la abandonaron.

Y sin embargo, su raíz era antigua. Ha dicho el poeta, refiriéndose a *El contenido del corazón*, que apareciera el mismo año 1969: «Lo escribí de un tirón en el año 1940, y por aquella fecha publiqué algunos de sus poemas en la revista *Escorial*». En «La ceniza en la sombra», en «La nieve transeúnte», publicadas entonces, por ejemplo, ya apuntaba el aparte conversacional, que más tarde había de fijarse, como procedimiento estilístico, en *La casa encendida*... Poco después Guillermo Díaz-Plaja, al incorporarlos a su antología del poema en prosa, daba fe de una actitud que empezaba a desbrozar el camino para una de las líneas de ruptura de la poesía de posguerra, la que

reclamara una épica de lo cotidiano, de la que aquellos poemas escu- rialenses habían sido un primer vagido precursor, pero también ro- tundo y definitivo.

El resto es historia de nuestras letras, que acaeciera —en gran par- te— mientras yo iba y venía de América, sin demasiado tiempo para visitar a los amigos. Un día, sin embargo, llegué con mis estudiantes estadounidenses y monté mi curso trashumante en una sala vecina a la redacción de CUADERNOS. Ya no estaba Luis Rosales en el mi- núsculo despachito, pero lo encontré dos pisos más abajo, en una amplia oficina, que seguía llenando su humanidad desbordante. Ba- jamos, como antaño, al bar y le pedimos ahora que iniciara las lec- turas poéticas para nuestros estudiantes. A la semana estaba frente a ellos, explicándoles cómo nacieron las *Rimas*, cómo, en un momento de soledad, prendió la luz de su casa encendida.

Y al cabo, la voz que yo recordaba, el castillo de fuegos artificiales, que nunca parecía apagarse, dejó paso a la música del verso, reman- sada y tranquila, en la que le recobré por entero.

PORQUE TODO ES IGUAL Y TÚ LO SABES.

JAIME FERRAN